

1.º de Noviembre de 1906. Año III. N.º 69.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.º Apartado en Correos núm. 336.

EL DÍA DE LA EJECUCIÓN DE HETTY SORRELL

El indulto.

Era natural é inevitable, dentro de nuestras costumbres: había que solemnizar con un acto de clemencia la primera fiesta onomástica de la hermosísima reina Victoria.

¡Bienaventurados los favorecidos! Sírvales este generoso perdón, á la vez que de alegría, de saludable enseñanza. Por nuestra parte, una ligera consideración nos permitimos hacer tan sólo.

Alcanza la gracia no á los impulsivos, no á los inconscientes, no á los ineducados, no á aquellos que faltaron por la dureza del deber ó las exigencias del hambre; alcanza á los de siempre, á los que á sí mismos se llaman intelectuales, directores y guías; á los que gritan, á los que hacen de cada proceso un mérito y de cada indulto un escalón para su medro.

Alcanza á los que imponen el indulto no como una gracia sino como un derecho; á los que criticándolo y censurándolo todo, no consienten que á ellos se les critique ni censure.

Alguien ha recogido la nota de que este perdón no llega hasta los militares, cuyos delitos, en contraposición con los cometidos por los indultados, más reconocen por causa los rigores de la disciplina que el deseo de realizarlos.

Nada decimos por nuestra cuenta, pero señalamos el contraste, siquiera para que, cuando se hable de privilegios, se sepa de qué lado caen.

El atentado de Fieschi

La espantosa explosión de la máquina infernal que el 28 de julio de 1835, ensangrentando París, tendía en tierra cuarenta y dos víctimas, es uno de los atentados más odiosos que han sido inspirados por rencores políticos ¿Cómo fué concebido, preparado y ejecutado? ¿Cuáles fueron los antecedentes, cuál la mentalidad de cada uno de los cómplices? ¿Cómo pasaron las últimas horas que les separaban de su ejecución? Este estudio emocionante, el cual M. Lenotre ha llenado con su incomparable talento de documentaciones precisas y de la misse en escène *dramática, vamos nosotros á describir una á una, las emociones de este drama, uno de los más espeluznantes de la historia contemporánea.*

Un droguero revolucionario.—El almacén de barniz, resplandeciente de vivos colores, que forma sobre la plaza de la Bastilla el ángulo de la calle de Faubourg-Saint-Antoine y la calle de la Roquette, era hacía sesenta años del droguero Pedro Teodoro Florentín Pepin, que era el tipo más acabado de esa categoría de pequeños burgueses parisienses.

Físicamente, era de alta talla, con la nariz puntiaguda, la mirada bruta, *el aire de un cordero merino*. Por lo demás, vanidoso, vago, envejecido, astuto en los negocios, obsequioso con los *grandes* y persuadido de que su fortuna era bien inferior á su mérito.

Bastante instruído para leer los periódicos avanzados, de los que no se privaba nunca, se preciaba de ser y pasar por un revolucionario.

En las reuniones de sociedades secretas que frecuentaba—pues los burgueses de este tiempo se creían deshonrados si no pertenecían á una de estas sectas políticas—Pepin había conocido á un viejo llamado Morey, que le pareció ser, en la primera entrevista, el modelo acabado de todas las virtudes republicanas.

Morey era un hombre pequeño, rechoncho, agoviado, enfermo, sufriendo desde hacía muchos años un terrible mal de estómago que apenas le permitía nutrirse. Era obrero guarnicionero, pero no trabajaba apenas.

Sus ideas políticas eran sencillas y simples: «Una vez el gobierno caído—decía—, todo el mundo será feliz. Examinaremos la fortuna de los ricos; se les dirá: tú tienes 100.000 francos, guárdalos; pero aquellos que tengan amasado un millón les dejaremos 300.000 francos y el resto será para bienes nacionales.» Su desvarío consistía en comprar la casa más cercana á la Cámara de los Diputados, desde allí, cavar en la cueva un subterráneo cargado de una mina hasta debajo de la sala de sesiones, y cuando en la apertura solemne de una sesión, el rey Luis Felipe se hallase en compañía de sus hijos, con toda su corte, todos los ministros y todos los representantes, hacer saltar, con una sola chispa, el palacio y la noble concurrencia.

Aventuras extraordinarias de un cabrero corso. El trío está completo.—Un día, á principio del año 1835, un vendedor de muebles llamado Lepinel, vecino del padre Morey, le trae un corso, que vivía en la calle de Buffon y que se hallaba sin trabajo.

Este corso se llamaba Guiseppe Guelfi, pero había tomado hacía mucho tiempo el sobrenombre de Fieschi. Tenía cuarenta años, era pequeño, revoltoso, tenía cabeza de rata, boca sin labios, nariz puntiaguda, ojos que parecían abiertos con barrena. Hablaba con volubilidad nerviosa un lenguaje imaginario, pintoresco, que era casi ininteligible por su acento italiano.

Contaba su historia, bastante más romancesca que un folletón: guardó cabras en Murato, su país natal; á los diez y ocho años era sargento de la guardia del rey Murat; se hizo espía para ganar «oro»; sirvió en la gran armada de Rusia, donde se portó con una bravura insolente; sobre su pecho había brillado la estrella de la Legión de Honor ganada sobre el campo de batalla. Licenciado en 1815, vuelve al lado de Murat, que reclutaba partidarios para reconquistar su reino, desembarca con él en Pizzo; fué preso y condenado á muerte, pero se escapó; vuelve á entrar en Bastia, donde le condenan por robo y mentira á una hora de gargantilla sobre la plaza pública y á diez años de reclusión que pasa en la cárcel central de Embrun. En 1826, acabada su pena, va de Lodève á Lyon, de Vienne á Sainte-Colombe, y llega en 1830 á París, donde estaba sin trabajo y «más hambriento que el perro que va por las calles buscando su alimento».

El padre Morey, pensativo, le dejaba hablar; hundido en su sillón, examinaba á este hombre pequeño, hablador, alabancioso, disparatadamente valeroso y del que se podía obtener todo, lisonjeando su orgullo. Fieschi le cuenta toda su miseria y dice que un solo hombre, M. Lavocat, coronel de la Guardia Nacional, tenía piedad de él. Conocía á una amiga, una pobre muchacha deformada y enfermiza que le quería como á un hijo, que la llamaban la *Tuertecita*, pero que en realidad se llamaba Nina Lassave; él había conocido á la madre en la prisión de Embrun; el padre estaba en la cárcel de Toulon; afirmaba que quería ser rico para hacer la dicha de Nina.

El viejo revolucionario no perdía una peripecia de esta existencia heroica y callada. Procuraba servir á Fieschi trabajo y le invitaba á ir á «charlar de cuando en cuando».

La idea germina en casa de los cómplices.—La casa del boulevard del Temple.—En el transcurso de una de estas conferencias, el corso vuelve á contar sus campañas pasadas, sus recuerdos de gloria y sus decepciones, le muestra el pecho tatuado, la cruz de la Legión de Honor, de la que la prisión le había privado, y decía se mostraba dispuesto á morir mejor que vegetar. Le habla también de una máquina de guerra, de la que era inventor y en la que fundaba grandes esperanzas.

Este era un aparato que podía destruir un regimiento de una sola vez, y se componía de cincuenta fusiles, cargados de metralla, dispuestos sobre un caballete, y á los cuales con auxilio de una mecha, un solo hombre podía prenderles fuego. Traza un croquis, que Morey examina detenidamente, y dice después de reflexionar un instante:

—Esto podría servir para Luis Felipe.

Morey era de aquellos á los que todos los medios parecen buenos para llegar al ideal político soñado. ¿Malo ó loco? No se sabe. Lo que sí es seguro, es que el viejo jacobino, familiarizado hacía mucho tiempo con la idea del regicidio, después de las primeras palabras del corso inconsciente explicando el *mecanismo*, comprendió el terrible partido que se podía sacar de tal hombre.

A los tres días le lleva á pasear, y como pasan por la plaza de la Bastilla, le invita á entrar en casa de Pepin, donde desayunan. Acabando de comer, Morey ensalza el espíritu inventivo de Fieschi y lleva la conversación sobre la máquina. Pepin comprende la cosa; después de ver el croquis, los tres hombres discuten. La máquina, explotando al paso del rey, un día de revista, debía infaliblemente producir «un efecto maravilloso». Pero era preciso hallar un cuarto en condiciones favorables, construir el aparato y buscar un hombre que quisiera prenderle fuego. Fieschi se ofrece para esta necesidad, pero en cuanto á lo demás, «no tenía dinero».

—¿Cuánto costará la máquina?—pregunta Pepin.

—Todo, comprendido la compra y trabajo de la madera, los fusiles, la pólvora y el alquiler del cuarto, no pasará de 500 francos.

Y en seguida se conviene en que se buscará sobre los bulevares un cuarto bien situado donde se pueda instalar la máquina.

El 1.° de mayo se acercaba; y ese día, que era la fiesta del rey, se pensaba que habría revista de la Guardia Nacional por los boulevares de la Magdalena y de la Bastilla. Morey se ocupa en buscar el local, y después de mucho correr, encuentra uno en el tercer piso de la casa número 50 del boulevard del Temple.

El departamento que alquiló Fieschi con el nombre de Gerard, se componía de tres piezas enfiladas, en las que la última sólo tenía vistas al boulevard. El falso Gerard, llevando una cama y un baul. se instala allí el día 15 de abril.

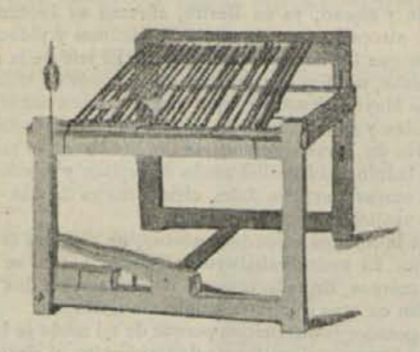
Ultimos preparativos.—Mientras tanto, los tres compadres se reunían frecuentemente y hablaban de su gran proyecto. La revista del 1.° de mayo se había suspendido hasta el 28 de julio, aniversario de la revolución que había elevado

al trono á Luis-Felipe. La intención marcada de Pepin era no comprometerse personalmente hasta después de *dado el golpe*.

—Las cabezas de los monárquicos—decía Pepin—es preciso que rueden como piedras.

Había leído, sin duda alguna, esta frase en algún librejo de la buena época. Un carpintero hizo el caballete de madera y el 3 de abril, Fieschi lo llevó á su casa, pieza por pieza, sin ser apercibido del portero.

Los fusiles, siendo caros, era difícil procurárselos. Pepin hubiera querido no pagarlos, y para esto se dirigió á algunos amigos, marcados revolucionarios, detenidos en Saint-Pélagie,



Máquina infernal conforme se conserva en los Archivos Nacionales de París.

y que debían guardar en algun rincón de París, en vista de sus excitantes proyectos, una reserva inutilizada de armas de fuego. Pero como no tenía crédito entre sus correligionarios políticos, se hacían los sordos.

Fieschi concibe la idea económica de emplear en vez de fusiles, simples cañones descabalados.

Un día, próximo al 25 de julio, en el muelle de la Megisserie, entra en casa de un armero y pregunta si tiene de venta cañones viejos de fusil. El comerciante, le da las señas de uno de sus colegas, Bury, calle de l'Arbe Sec, que tenía este género de artículos. Fieschi se dirige allí inmediatamente. Bury posee, en efecto, un lote de cañones viejos, á 6 francos cada uno. Elige veinticinco y ruega se los tengan listos para el día siguiente. Emplea el resto del día en buscar un baul de ocasión, de longitud conveniente, y al siguiente se presenta en casa de Bury, coloca los cañones en el baul, y en un coche va hasta el ángulo de las calles Charlot y Vendôme. Allí toma un mozo que le lleva el baul á su casa.

La víspera del crimen. Ingeniosas precauciones del padre Morey.—Faltaban veinticuatro horas. Al medio día viene Morey, con el cuello levantado y la gorra sobre los ojos; sube á casa de Fieschi; lleva las balas y la pólvora, no queriendo dejar á nadie el cuidado de cargar los fusiles.

Hace prometer á Fieschi, que en el instante de la explosión se saltará la tapa los sesos, para lo cual le entrega una pistola. Fieschi lo jura. Morey entonces saca las balas y la pólvora y, tranquilamente, uno á uno, va echando en los fusiles dos dedos de pólvora y diez balas que ataca fuertemente.

Como no tiene ninguna confianza en la palabra de Fieschi, carga los cinco últimos fusiles de una manera particular, dejando un vacío entre la carga de pólvora y los proyectiles. Esto sería, en verdad, cincuenta balas menos para la corte de Luis Felipe; pero Fieschi caería muerto y sus cómplices estarían seguros y tranquilos. Una vez preparada la máquina, la colocaron al ras del quicio de la ventana y en esta disposición los veinticinco cañones miraban al centro del boulevard. El viejo revolucionario sacó de su bolsillo una estampa popular representando al conde de Chambord y la colocó sobre el muro. De esta suerte, Fieschi muerto y desfigurado, pues él contaba con este doble resultado, los policías penetrarían en la habitación y no podrían atribuir el atentado más que á los partidarios del primogénito.

(Concluirá.)

A puñaladas con tijeras

Ivonne de P..., una de las más bonitas *demimondaines* francesas, tenía necesidad de un *chauffeur*. Acababa de despedir al suyo y se hallaba contrariada por no tener quien guiara su automóvil. Confía entonces el encargo de su busca á su doncella María Thuillier, muchacha bonita, graciosa y vivaracha, de una vista perspicaz y adornada de todas aquellas condiciones que una mujer necesita para sabyugar y enloquecer á los hombres.

María Thuillier halla bien pronto lo que quería su señora. Ella tenía precisamente un buen amigo que era *chauffeur* y estaba sin colocación, con el que sostenía relaciones muy íntimas hacía tiempo; presentóle á su señora, la que desde luego le admitió,



El *chauffeur* tenía todo lo necesario para seducir, no solamente á una criada sino también á una *demimondaine*. Cuando Ivonne de P... se fijó dos veces en él al abrir la portezuela del coche, no dejó de reconocer que era guapo, fuerte y bien formado, inspirándole instantáneamente un frenético y lascivo amor.

Y he aquí cómo un día el feliz conductor del automóvil, Julio Daustrier, se halló poseedor de Ivonne de P... doblemente como dueño y señor de todos sus encantos y voluntad.

Esto no podía ser del gusto de la doncella, que no tardó en advertir la traición de que había sido víctima, y una mañana, entrando por sorpresa en el dormitorio de su señora, encontró á ésta con el *chauffeur* en traje y actitudes que no permitían dudar respecto de los hechos.

Entonces la doncella ante aquella escena, salta como una pantera, y dirigiéndose á su señora la insulta, llenándola de improperios de los más picantes. La preciosa Ivonne, olvidándose de su posición, quiere también castigar á la doncella insolente y atrevida; mas ésta, llena de cólera, saca de su bolsillo unas tijeras y lanzándose loca de furor sobre su rival, la hiere repetidas veces en el rostro, con la doble intención de borrar para siempre de aquella hermosa mujer, todo rastro de belleza.

María fué conducida á la cárcel. Es preciso desear que las heridas que ha hecho se curen y que al mismo tiempo que desaparecen, tengan también en cuenta los jueces que las infirió en un momento de locura, producida por los celos de su amante, el afortunado *chauffeur*.

Lo que hace un capitán atrevido.

Arresto de un alcalde y desaparición de una caja.

En las inmediaciones del campo de tiro de Tegel, próximo á Berlín, un capitán del 4.º regimiento de la Guardia esperaba impaciente hace algunos días la llegada de un destacamento de los varios que se escalonan en los límites del polígono para impedir el paso á los viandantes con el fin de evitar desgracias. Cuando apareció la primera patrulla se aproximó rápidamente á ella el capitán referido y mostrando al suboficial que la mandaba una orden del emperador, le requirió para acompañarle á proceder á la detención del alcalde del vecino pueblo de Kœpenick.

Puestos en marcha en esa dirección antes de llegar á su destino, dieron alcance á otra nueva patrulla de cuatro hombres, cuyo auxilio requirió igualmente, y como la anterior estaba constituída por siete, con los once que en junto contaban las dos se encaminó resueltamente al lugar expresado No obstante el porte severo del capitán, su aire distinguido y el rigor con que supo mantener la disciplina de la marcha en la tropa, tuvo para ésta un generoso desprendimiento, proporcionándola una buena comida en la estación de la localidad.

Terminada aquélla, se presentó en la casa ayuntamiento, hizo ocupar todas las salidas y penetró después acompañado de sus soldados con la bayoneta armada, en el despacho del alcalde, al que en nombre de la ley le previno que quedaba detenido.

Al interrogar ante la causa de tal orden le replicó el capitán:

—Ni tiene nada que preguntar ni tengo nada que decir—; usted dará cuantas explicaciones crea convenientes en el cuerpo de guardia de Berlín.

El alcalde, con el temor natural, despidióse precipitada y tristemente de su familia, juzgándose víctima de alguna calumnia, y entre soldados emprendió en coche el camino para la capital alemana.

En tanto, el capitán penetra en el lugar donde se halla emplazada la caja municipal; detiene al cajero, que protesta en vano; le pone bajo la vigilancia de los soldados y previo un detenido y minucioso examen exterior é interior de la caja, para convencerse de su estado, se hace cargo de ella: testigo el cajero, quiere de nuevo protestar y cansado el capitán de sus palabras, le amenaza con fusilarle allí mismo si no cesa en su impertinente charla.

Alcalde y cajero, ya en Berlín, afirman su inocencia, lamentan el atropello de qué se juzgan víctimas y piden que se les diga en que ha consistido su delito. El jefe de la guardia, que nada sabe, notifica telefónicamente al conde de Moltke, jefe del Estado Mayor alemán, lo que sucede, quien confiesa ignorarlo también y se acude al jefe de la Policía para esclarecerlo.

A fuerza de investigaciones se dió por fin en el clavo. Un ingenioso ladrón habíase disfrazado de capitán y falsificado una orden del emperador; con tales elementos ya hemos visto de qué modo realizó tan atrevido robo.

Pero si la fortuna es de los audaces, no siempre se cumple el aforismo. El audaz caballero de industria sólo se apoderó de 4.000 marcos, dejando intactos inocentemente dos millones que existían en otra caja cuya existencia ignoraba.

El emperador está frenético porque de tal modo se haya abusado de su firma y del uniforme de su ejército; el alcalde se ha visto obligado á dimitir, por haber perdido la confianza de una población entera de 30.000 habitantes, más que por no haber tenido la necesaria perspicacia para evitar el engaño, por haberse intimidado ante aquel aparato de fuerza, cuando estaba obligado á mantenerse con entereza, recordando que también era militar, pues pertenece, como oficial, á la escala de reserva. Esta misma recordación le ha hecho el emperador al censurarle su debilidad.

Hay que convenir en que el golpe ha sido bien preparado; se llevó á cabo con habilidad y quedará como uno de los más atrevidos, adquiriendo la condición de clásico.

Preparémonos contra los *viles imitadores*.

El autor de este desaguisado resulta ¡oh prosa humana! un sastre licenciado de presidio, á quien es de esperar que la justicia alemana sabrá sentarle las costuras.

Nuestro apreciable suscriptor D. Angel Valls Capilla, nos remite y ruega la inserción del siguiente bien sentido artículo:

Mi impresión.

Grande, muy grande es el placer que experimenta el guardia civil cuando, obedeciendo las órdenes de sus jefes, sale de la casa cuartel en unión de su compañero de pareja, dispuesto á dar su vida antes que dejar incumplido el servicio que se le ha ordenado, procurando, en cuanto esté de su parte, dejar siempre incólume el prestigio del Cuerpo, y mantener brillante el título de «Benemérita», que por sus merecimientos se ha conquistado; y regresa lleno de satisfacción, una vez terminado, á dar cuenta á su comandante de puesto del cumplimiento de dicho servicio y de las novedades que durante la práctica del mismo hayan ocurrido, pasando luego á su hogar á recoger las caricias de su idolatrada esposa é hijos.

Gozoso se encuentra también con la satisfacción del deber cumplido, cuando ha logrado el aplauso de sus jefes y la admiración de los demás, por haber contribuído, en unión de sus compañeros, á la dispersión de una cuadrilla de foragidos que, con el arma al brazo se emboscan en la encrucijada de un camino, para lanzarse sobre el indefenso caminante, cual lobo hambriento sobre su presa, asesinándole para robarle sus recursos, viviendo así, sin conciencia ni escrúpulo de ningún género, á costa del sudor del prójimo.

Gran contento reina en él cuando, henchido de valor, lleno de caridad y despreciando el peligro, se lanza dentro de un edificio incendiado, en medio de las llamas á socorrer á la pobre madre que refugia en sus brazos á los hijos de su corazón, pide socorro y ve en el guardia su ángel salvador, abriendo sus brazos para que deposite en ellos dichos seres y librarles de una muerte segura; ó se arroja á las corrientes de las aguas para salvar á sus semejantes, y ha logrado, con su heroico comportamiento, restarle víctimas al feroz elemento.

Pero... ¡qué triste, tristísimo es para el guardia civil, al regresar de servicio á su casa cuartel, dar conocimiento á su comandante de puesto de la muerte acaecida á su compañero, ocasionada por el disparo del traidor criminal al pretender su captura, sacrificando de esta manera su preciosa existencia en holocausto del bienestar de sus conciudadanos y sagrado cumplimiento de su deber, y después oye los gemidos de angustia de la desconsolada esposa y lloros de los pequeñitos hijos al enterarse de la fatal noticia! Por esto, emocionado en la contemplación del grabado que aparece en la página primera de la revista ilustrada MUSEO CRIMINAL, núm. 68, veo á ese guardia pasar por el sitio donde tuvo lugar el encuentro con el audaz criminal, y al ver la cruz indicadora del punto donde el desgraciado compañero cayó sin vida, llevado de ese acendrado cariño de hermanos, que imprime en el corazón el tiempo que han compartido juntos los azares y vicisitudes que lleva consigo la práctica del servicio, se apea del caballo, se descubre y representándose en su imaginación la escena que ocasionara la muerte de aquél, á la vez que aparece en su mejilla una lágrima de sentimiento, brota en sus labios una sencilla plegaria por el eterno descanso de su querido compañero.

¡Honrosísima Institución, que en los tiempos presentes y en las circunstancias por que nuestra desventurada España atraviesa, á pesar de las diatribas y vejaciones que, emanadas del caciquismo imperante, tiene que sufrir á diario, es lo único que se conserva bueno, merced á la paciencia que sólo pueden tener quienes como los individuos de la misma se han hecho superiores á todo ataque injurioso, por efecto de la educación que reciben y máximas que se les inculcan, tan sabiamente legadas por el inmortal fundador Duque de Ahumada!

Angel Valls Capilla,
Cabo del Cuerpo.

El alcalde Ronquillo.

Humillaciones de la altivez.

Cuando se habla de nuestras libertades tradicionales, tres gloriosos nombres suenan unidos: *Padilla*, *Brabo* y *Maldonado*, que las encarnan; algunos pronuncian un cuarto más, pero mejor como modesto alarde de erudición histórica, que como espontáneo reconocimiento de igualdad de méritos para la gratitud nacional.

Nada más injusto. De aquella gloriosa epopeya ha sido preterido á lugar secundario el ilustre obispo Acuña, tribuno, soldado, sacerdote, corazón grande y alma entera, probo, enérgico y sencillo á la par, que «*fué*, según dice un escritor, *después de Padilla, la figura más notable de aquel cuadro*».

Quizá fuera parte para esta relegación, el que no cayó sobre él, como sobre sus compañeros de infortunio, la cuchilla del verdugo seguidamente de la derrota. Así sucedió, en efecto, pero fué en su daño, por que le costó cinco años de doloroso cautiverio, al cabo de los cuales se le inmoló también, respondiendo con su cabeza al *delito* que cometiera.



Morir era poco: siguiendo las prácticas de la época, había que sufrir el inevitable tormento: á él fué, pues, sometido, colgándole por los pies del techo, con grandes dolores y martirios, y aun estaba descoyuntado cuando le leyeron la sentencia, que decía que, «*cumpliendo el alcalde Ronquillo con lo mandado por el emperador, ordenaba darle un garrote apretado en una de las almenas por donde quiso huirse*». Y como se ofrecía se cumplió.

Por ese cautiverio, por esa sentencia y por esa reprobada ejecución, frente á la nobilísima y gallarda personalidad del ilustre Acuña, aparece otra odiosa y odiada, la del famoso *alcalde Ronquillo*. Perseguidor de los comuneros, su azote y verdugo, sólo por tales títulos recoge su nombre la Historia y para, de siglo en siglo, lanzarlo á la execración de las gentes. Pero si todos le conocen como tirano, pocos saben qué humillaciones no le impuso su misma tiranía y á cuánto llegó la debilidad del que tan altivo y fiero se mostrara.

Luego que el obispo Acuña fué ajusticiado, el vulgo calificó este acto de sacrilegio, y como él participara de iguales ideas, bien pronto vió turbada su conciencia. Desde aquel momento veía en todas partes peligros para la salvación de su alma; no dormía, no descansaba y siempre se creía bajo la ira divina y la condenación eterna. Por eso seguidamente escribió al rey una carta para que éste pidiera «*la absolución así de lo que S. M. mandó hacer en lo del obispo, que es atormentarle y matarle... como para los que por su mandato lo hemos hecho y ejecutado... que venga para todos muy cumplida, porque ya en esta villa á muchas personas quitan de las horas y divinos oficios: y yo no oigo misa, ni aun S. M. la puede oir sin cargo de conciencia*».

A esto vino á parar aquel ardor persecutorio y aquella energía en atormentar. Después de largos y enojosos trámites, avivados de continuo por la impaciencia del excomulgado, la absolución vino, ¡pero cómo!

Para concedérsela tuvo el alcalde Ronquillo que presentarse vestido de penitente, arrastrando desde el cuello una larga cuerda, marchando descalzo, atravesando procesionalmente las calles de la ciudad entre nutridas filas de curiosos; sufrir las injurias y denuestos del público y los abrasadores rayos del sol, el hambre y la fatiga; someterse á toda clase de humillaciones, retractarse de lo hecho y aun de lo que no hizo, arrepentirse de su conducta y confesar sus errores.

Sólo así logró de Su Santidad la anhelada absolución, demandada por su conciencia timorata, y que solemnemente le otorgó á la puerta de la catedral de Palencia el obispo D. Pedro Sarmiento.

Estas son las figuras históricas, que generalmente no se conocen más que á medias, y bien merecen la pena de verlas de cuerpo entero.

G. G. de la G.

Aviso importante.

Advertimos á nuestros actuales suscriptores que, para evitarles molestias y gastos en franqueo, cumpliremos rigurosamente las bases 2.ª y 3.ª de nuestro anuncio, en virtud de las cuales las suscripciones se consideran indefinidas hasta tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario y que los avisos de baja deben recibirse en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termine la suscripción.

Extravíos del amor maternal.—Una tendera del boulevard Ney, mostrábase hace algún tiempo vivamente afectada por la preferencia que mostraba su hijo Gustavo, de doce años de edad, hacia Mme. Begnard, tía del muchacho.

Celosa la madre de éste, recriminábaselo sin cesar y había declarado muchas veces que no podía soportar la vida si su hijo no la dedicaba por entero su cariño. Hace pocos días, su cuñada, que con ella vivía, como partícipe además de la tienda, observó que, no obstante ser las nueve de la mañana, no había bajado al establecimiento, é inquieta subió á la habitación, encontrándola muerta en la cama. La infortunada se había asfixiado con carbón, y viendo que la muerte no llegaba tan pronto como esperaba, se atravesó el corazón con un alfiler de sombrero. En carta dirigida á su hijo y que se encontró en el cuarto, explicaba su desesperación por su frialdad hacia ella, lo que le obligaba á abandonar la vida.



Al acabar estas palabras, el anciano dejó bruscamente la asamblea, y D. Carlos se sonrojó y estuvo mucho rato con los ojos bajos.

En este momento entró en la sala el inquisidor general, acompañado del duque de Medinaceli.

Era el duque un hombre anciano, bajo, raquítico, de color enfermizo. Sus miradas indicaban costumbres ascéticas; tenía el andar desigual, la voz ronca y demasiado fuerte para tan mezquino individuo, lo que producía un efecto bastante extraño, porque cuando hablaba parecía oirse la voz de un ventrílocuo, tanto estaba en desarmonía con el exterior del duque.

Este señor y el sacerdote saludaron á la asamblea; después, el duque, dirigiéndose á D. Carlos, le dijo:

—Joven, mi yerno me ha hablado de un empeño que tenéis, y he hablado de ello á su eminencia, quien espero no os rehusará este favor.

—Señor D. Carlos — añadió Pedro Arbués —, gusto de ver vuestro celo por el servicio de Dios.

—Vamos, pues, no seais tan tímido— continuó el duque—; su eminencia conoce vuestro mérito, y sabe cuán pura es vuestra sangre.

Don Carlos no respondió. Este joven, que dos días antes habría dado todo lo del mundo para ser familiar del Santo Oficio, cuyo título el duque de Mondéjar le exigía para concederle la mano de su hija, se avergonzaba en este momento de haberlo pedido.

El duque de Medinaceli no comprendía su irresolución, y engañándose con respecto á los verdaderos sentimientos del joven, se volvió hacia el idquisidor general y dijo:

—Monseñor, este caballero será un valiente defensor de nuestra santísima religión.

Pedro Arbués dió á besar su mano á D. Carlos, y le dijo con tono meloso:

—Mañana, después de la misa mayor, estad en la catedra para recibir «el santo» de mi propia mano.

Don Carlos se inclinó sin responder, y en aquel instante, un ujier, levantando unas cortinas de terciopelo carmesí que adornaban la puerta de la sala, anunció en alta voz á Doña Dolores Argoso de Ceballos. El inquisidor se estremeció, y viendo un gabinete abierto, contiguo á la pieza en que él se encontraba, se llevó allá al duque de Medinaceli.



Dolores entró en la sala, y á la vista de tanta gente se detuvo confusa, buscando con la vista al dueño de la casa.

El duque de Mondéjar se había levantado al oir su nombre; pero viendo desaparecer al inquisidor con el duque de Medinaceli, temió tanto ofender á Pedro Arbués, que apenas tuvo valor para adelantar un paso hacia la hija de su antiguo amigo; permaneció clavado, en pie en su sitio, tartamudeando por costumbre algunas fórmulas de política.

Dolores se adelantó hacia él con aire noble y persuasivo, y á pesar del terror que inspiraba un hereje, un murmullo de admiración circuló por la asamblea; tan grande era el prestigio de esta hermosura sobrehumana, unida á la dignidad de su alma.

—Monseñor—dijo Dolores viendo que el duque de Mondéjar temblaba al acercarse á ella—¿es tan fatal en vuestra casa la presencia de una fugitiva, que deba convertir en tristeza la alegría de esta noble asamblea?

El duque, sin responder, le señaló uno de aquellos taburetillos esculpidos, tan ricos y tar duros, muebles ya antiguos que pertenecían á la Edad Media, que se conservaban en las familias como por tradición.

Sentóse Dolores sin hablar una palabra y se sintió sobrecogida por aquella timidez que en una joven se convierte en verdadero sufrimiento, si no hay quien le dé ánimo. Su frente se cubrió de un rubor ardiente, sentía latir su corazón con precipitadas palpitaciones, y sus labios trémulos rehusaron articular una sola palabra.

Los testigos de esta escena aguardaban con una ansiedad progresiva.

Viendo á Dolores en tal estado, el duque de Mondéjar se sintió movido de una grande compasión hacia esta joven y bella criatura, poco ha tan brillante y á la sazón tan pobre, tan abandonada, y que se le presentaba con el humilde traje de una muchacha del pueblo. Pero el inquisidor general y el duque de Medinaceli podían, desde el gabinete en que entraron, ver y oir lo que allí pasaba. La fortuna y la vida de un señor español dependían enteramente de la Inquisición, y el duque de Mondéjar tenía aquel terror profundo que, es preciso decirlo, desnaturalizaba el carácter nacional, de suyo tan noble, tan caballeroso, tan desinteresado.

Dolores examinó algunos instantes la fisonomía del duque, y no se equivocó al ver aquel frío glacial, aquella máscara de bronce que rehusaba revelar las sensaciones del alma.

—¡Mi padre está perdido! —pensó entre sí; resuelta, sin embargo, á arrostrarlo todo, halló, con un grande esfuerzo de voluntad, su acostumbrada energía, y levantándose de su sitio con una nobleza y una modestia seductoras, dirigióse al duque y le dijo:

—Monseñor, veo cuán penosa os es mi presencia, y no por ello os querré mal, porque sé también cuán peligrosa es. ¡La desgracia es tan contagiosa!... Pero al menos no se dirá que he retrocedido ante el cumplimiento de un deber. Mi padre gime en los calabozos de la Inquisición; mi padre calumniado, sin duda – añadió ella ruborizándose, porque no quería descubrir el verdadero motivo de su desgracia—, mi padre será condenado como un culpable, si sus amigos no le ayudan. Vos le habéis amado, monseñor, y mejor que nadie conocéis la pureza de su fe. Sed su testigo en esta desgraciada causa; que el testimonio de uno de los más puros cristianos de España confunda la calumnia y la impostura: volved un padre á su hija .. ¡Oh, monseñor! ¡devolvedme á mi padre, y os bendeciré!

—Aun cuando yo lo quisiera, un testigo no basta – respondió el duque de Mondéjar, muy turbado por el efecto que esta respuesta haría á las dos personas que estaban en el gabinete.

Entonces Dolores, volviéndose hacia la asamblea con un movimiento de amabilidad y de gracia, dijo con voz suplicante y envuelta en llanto:

—¡Señores! ¡todos vosotros habéis conocido á mi padre!

Un fúnebre silencio respondió á este llamamiento, y Dolores juntó sus manos encogidas, dirigiendo al cielo una mirada de desesperación.

En este momento, Rodrigo de Valero, que había oído cuanto en la sala pasaba, volvió á entrar con aire altanero, y dirigiéndose á la joven y saludándola cortésmente, la dijo:

—Señorita, yo serviré de testigo para vuestro padre.

—¡Oh! gracias – dijo ella juntando las manos.

En este momento, una risa glacial, ruidosa, metálica; una risa que se asemejaba á una campana de agonía, salió del gabinete en que el inquisidor se había refugiado; después, levantando la cortina y presentándose á la asamblea, que se quedó pálida y muda de espanto, Pedro Arbués, sin poner treguas á la risa, exclamó:

—Don Rodrigo, el testimonio de los locos no sirve de nada.

A la vista del inquisidor, Dolores lanzó un agudo grito y quedó desmayada; y el duque de Mondéjar, pálido y aterrado, no sabía ya qué hacer. Pedro Arbués le miró de un modo particular, y el duque, tranquilo al parecer, tocó la campanilla y se presentaron dos criados.

—Que lleven á esta muchacha á su casa en mi litera —dijo en alta voz.

(Continuará.)

Tapas para la encuadernación del tomo de 1906.

Estando ya confeccionándose las elegantes tapas que **MUSEO CRIMINAL** hace todos los años para encuadernar su colección, se lo avisamos á nuestros lectores para que antes del 30 de Noviembre nos hagan los pedidos, sirviéndose indicar, al hacerlo, si las desean certificadas.

Dichas tapas, que serán de pasta y papel tela, se venden al precio de **una peseta** y **una peseta veinticinco céntimos** certificadas, advirtiendo que no respondemos de los extravíos en Correos de aquellos paquetes que no vayan certificados.

Muy importante.

La Empresa de **MUSEO CRIMINAL**, deseando corresponder en lo posible al creciente favor de sus suscriptores, tiene en proyecto, que llevará á la práctica si el número de éstos lo permite, hacerles un gran regalo, para lo cual ha comisionado á uno de sus colaboradores artísticos, quien partirá para Barcelona con objeto de estudiar proyectos y presupuestos de las principales casas litográficas.

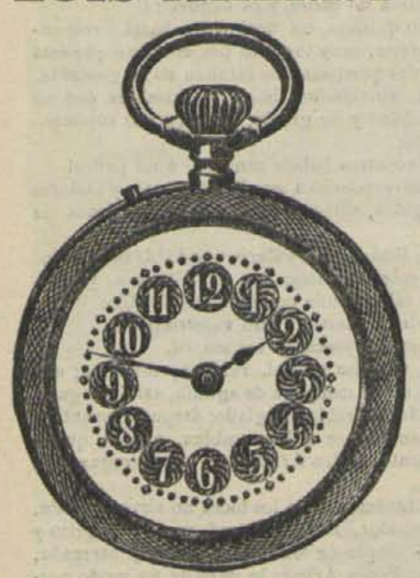
Oportunamente diremos en qué consiste.



Caricatura de un oficial de la Guardia civil italiana.

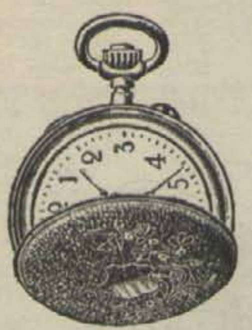
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY — **Fuencarral, 59.—Madrid.**



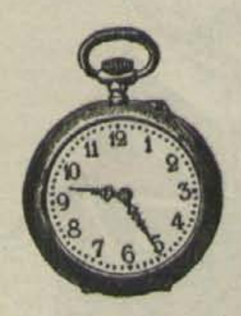
El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, estera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............ **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de niquel puro. (Idem). **18.50** —
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**.
Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas**. Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas**. Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

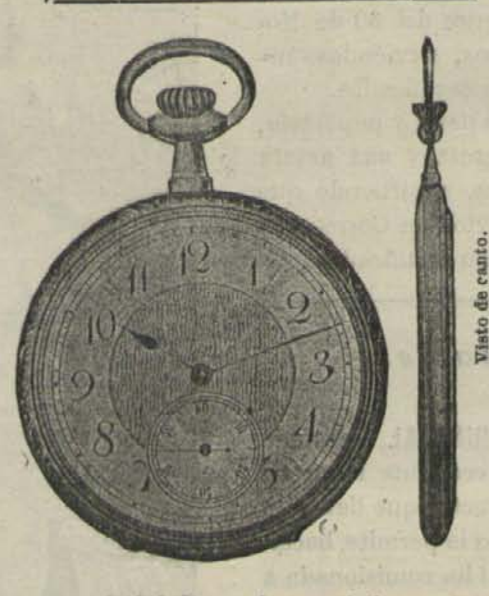
Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

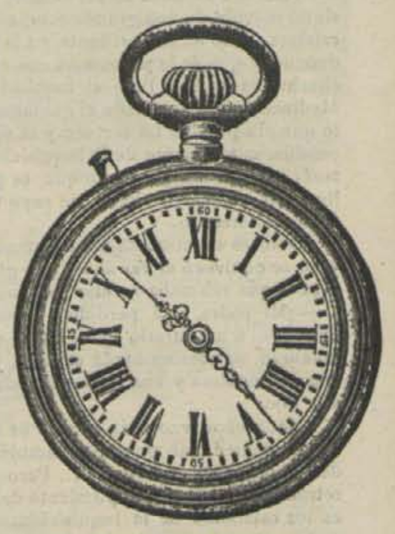
Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59. Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.*
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas**. Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.** Idem doble tapa, **63 ptas.**
En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

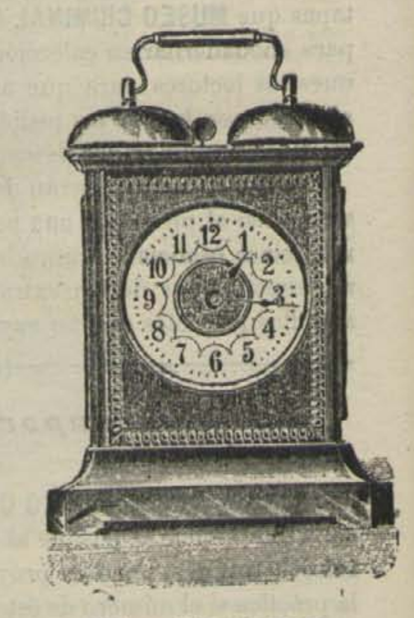
En acero azulado..................	**28 ptas.**
Idem en niquel puro (extraplano) .	**27** —
Idem grabado (no extraplano).....	**25** —
Idem en plata......................	**39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación.... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas
Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.